

cana, que, puesta en pie delante de ellos, conjuraba á la autoridad real para que impidiese esta funesta violacion de todos los principios.

Para destruir un órden célebre, se apoyaron en un libro acusador, que ellos mismos habian hecho escribir, y cuyos autores hubieran sido condenados sin dificultad á galeras en cualquiera país donde los jueces no hubiesen sido cómplices ¹. Hicieron quemar circulares de obispos, y aun, si no me han engañado, bulas de Papas por mano del verdugo. Convirtiendo una *carta provincial* en dogma de la Iglesia y en ley del Estado, se les vió decidir *que no habia una herejía en la Iglesia, que anatematizaba esta herejía*. Concluyeron en fin por violar los tabernáculos, y sacar de ellos la Eucaristía para enviarla entre cuatro bayonetas al enfermo obstinado, que, no pudiendo recibirla, tenia la culpable audacia de hacérsela *administrar* ².

Si consideramos el número de magistrados extendidos por toda la faz de la Francia; el de los tribunales inferiores que miraban como un deber y ponian su gloria en seguir sus pasos; los innumerables dependientes de los parlamentos, y todos los que la sangre, la amistad, ó el simple ascendiente arrebatában y envolvían en el mismo torbellino, podremos concebir fácilmente que era lo suficiente para formar en el seno de la Iglesia galicana el partido mas terrible contra la santa Sede.

Mas como el jansenismo no era una enfermedad peculiar de los parlamentos, es necesario examinarlo en sí mismo para conocer su influencia general con relacion al objeto que tratamos.

¹ No queriendo envolver una cuestion en otra, declaro que no hablo aquí sino de la violacion de las formas legales, y los abusos de autoridad.

² La expresion francesa *adjuget* significa adjudicar, es decir, declarar que se le debia dar.

CAPITULO III.

Del jansenismo. — Retrato de esta secta.

La Iglesia no ha visto nunca desde su principio una herejía tan extraordinaria como el jansenismo. Todas las demás herejías al nacer se han separado de la comunión universal, y aun se han gloriado de no pertenecer á una Iglesia, cuyas doctrinas rechazaban como erróneas en algunos puntos; pero el jansenismo ha tomado otro rumbo; niega estar separado: ¿qué digo? escribirá libros, si se quiere, sobre la unidad, demostrando su necesidad indispensable; y en fin sostiene sin sonrojarse, ni mudar el color, ni temblar, que es miembro de la misma Iglesia que lo anatematiza. Hasta ahora, para saber si un hombre pertenecía ó no á cualquier cuerpo ó sociedad, se preguntaba á esta misma, es decir, á sus jefes; porque ningun cuerpo moral puede explicarse sino por medio de ellos, y cuando este cuerpo respondia: *No me pertenece, ó ya no me pertenece*, era asunto concluido. Solo el jansenista pretende evadir esta ley eterna: *Illi robur et aes triplex circa frontem*, teniendo la increíble pretension de ser miembro de la Iglesia católica, á pesar de la Iglesia católica. En efecto, trata de probar que ella no conoce á sus hijos, que ignora sus propios dogmas, que no comprende sus propios decretos; en fin, que no sabe leer. Se burla de sus decisiones, apela de ellas y las conculca, al mismo tiempo que prueba á los demás herejes que la Iglesia es infalible, y que nada puede excusarlos.

Un antiguo magistrado francés, amigo del abate Fleury, al principio del último siglo, pintó del modo mas sencillo este carácter del jansenismo, y sus palabras merecen copiarse.

« El jansenismo, dice, es la herejía mas sutil que ha podido urdir el diablo. Sus secuaces vieron que los protestantes, separándose de la Iglesia, se habían condenado á sí mismos, y que se les habia echado en cara

» esta separacion ; y así tomaron por máxima fundamen-
 » tal de su conducta no separarse jamás exteriormente
 » de la Iglesia, y protestar siempre sumision á sus de-
 » cisiones ; pero inventando todos los dias nuevas suti-
 » lezas para explicarlas ; de modo que parecian someti-
 » dos, mas no mudaban de sentimientos¹. »

Este retrato es en un todo verdadero ; pero quien
 guste divertirse, instruyéndose al mismo tiempo, debe
 oír á madama de Sévigné, admirable discípula de *Port-
 Royal*, que, creyendo hablar al oído á su hija, descubre
 al mundo el secreto de la familia.

« El Espíritu santo, dice, sopla donde le place ; él es
 » el que prepara los corazones donde quiere habitar ; y
 » el que ruega en nosotros con *gemidos inefables*. San
 » Agustin es quien me ha dicho todo esto. Yo le encuen-
 » tro muy *jansenista*, y tambien á san Pablo. Los jesuitas
 » se fingen un fantasma, que llaman *jansenismo*, al cual
 » dicen mil injurias, y disimulan no ver hasta donde va
 » esto..... Alborotan con esto extraordinariamente, y
 » despiertan á los discípulos ocultos de estos dos gran-
 » des santos². »

Sobre lo que dice san Agustín, nada tengo que res-
 ponderos sino que yo le escucho y lo entiendo cuando
 me dice y me repite quinientas veces en el mismo libro,

¹ *Nuevos opúsculos de Fleury*, París, Nyon, 1807, p. 227 y 228.
 Estos opúsculos son un verdadero presente que ha hecho el abate
 Emery á los amigos de la Religión y de las sanas doctrinas. En ellos
 se ve hasta qué punto habia mudado Fleury sus antiguas ideas. Se
 puede hacer una obra de estos Opúsculos.

² *Cartas de madama de Sévigné*, en 8º, t. 2, carta 75. — Aquí
 se ven mejor que en ningun libro de *Port-Royal*, los dos puntos
 capitales de la doctrina *jansenística*, á saber : — 1º *Que no hay
 jansenismo*, que es una quimera, un fantasma creado por los je-
 suitas. El Papa que ha condenado esta pretendida herejía, estaba
 soñando cuando escribia su Bula, semejante á un cazador que hi-
 ciese fuego á una sombra, creyendo apuntar á un tigre. Si la Iglesia
 universal aplaudió esta bula, fué solamente un acto de política há-
 cia la santa Sede, que no produce consecuencia. — 2º Lo que se lla-
 ma *jansenismo* no es en el fondo mas que *paulinismo* y *agusti-
 nianismo*, porque estos dos santos han hablado precisamente como
 el obispo de Iprés. Si la Iglesia pretende lo contrario, es porque sien-
 do vieja ya chochea.

« que todo depende, como dice el Apóstol, no del que
 » quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene miseri-
 » cordia de quien le place : que Dios no da la gracia á
 » los hombres en consideracion de mérito alguno, sino
 » segun su buena voluntad, á fin de que el hombre no se
 » glorie, pues que nada tiene que no haya recibido. »
 Cuando leo todo este libro (de san Agustín), y encuentro
 al mismo tiempo : « ¿Cómo juzgaria Dios á los hombres,
 » si no tuviesen libre albedrío ? » A la verdad no entien-
 do este pasaje¹, y me inclino á creer que esto es un mis-
 terio (*ibid.*, carta 79.)

« Nosotros creemos siempre que depende de nosotros
 » hacer esto ó aquello ; no haciendo lo que no hacemos,
 » creemos no obstante que hubiéramos podido hacerlo².
 » Pero estas personas que hacen tan bellas restricciones y
 » contradicciones en sus libros, hablan mucho mejor y mas
 » dignamente de la Providencia, cuando no se hallan ataja-
 » dos ni estrechados por la política. En las conversaciones
 » familiares *son muy amables*³..... Os ruego que leais.....
 » los *ensayos de Moral sobre la sumision á la voluntad de
 » Dios*. Vereis como el autor nos la presenta soberana
 » haciéndolo todo, disponiéndolo todo, arreglándolo todo,
 » Yo á esto me atengó, y esto es lo que creo ; y si, vol-
 » viendo la hoja, quieren ellos decir lo contrario por va-
 » rias consideraciones, los miraré en este particular co-
 » mo unos buenos *negociadores políticos*. Nunca me harán

¹ Lo creo ; pero obsérvese que para los amigos de madama de Sé-
 vigné, la cuestion no era saber *si hay ó no libre albedrío* ; porque
 sobre este punto ellos ya estaban decididos, sino solamente saber :
 ¿ como, no teniendo libre albedrío los hombres, sin embargo Dios
 los condenaria justamente ? Sobre esto es sobre lo que la amable
 apelante dice : *En verdad, yo no entiendo este pasaje* ; ni yo tam-
 poco *en verdad*.

² Véase la carta 448. — Aquí se descubre enteramente el mis-
 terio. Todo se reduce á la tontería del hombre que se cree libre ; esto
 es todo. *Él cree que hubiera podido hacer lo que no ha hecho*. Es
 un juego de niños, y aun es un error que insulta á la Providencia,
 limitando su poder.

³ Con efecto *son muy amables*, cuando sostienen el dogma de la
 predestinacion y reprobacion absoluta, y nos conducen directamente
 á la desesperacion.

» variar, y seguiré su ejemplo, porque ellos no mudan de
» parecer por mas que muden de lenguaje¹. »

« ¿Con que vos leéis á san Pablo y á san Agustín?
» Esos son los buenos operarios para establecer la so-
» berana voluntad de Dios. Ellos no se detienen en de-
» cir que Dios dispone de sus criaturas como el alfarero
» del barro, que elige de ellas y reprueba como le parece².
» No se fatigan en hacer explicaciones para salvar su jus-
» ticia: porque NO HAY MAS JUSTICIA QUE SU VOLUNTAD³.
» El es la misma justicia, y la regla; y en fin, ¿qué
» debe Dios á los hombres? Nada absolutamente. Así,
» pues, les hace justicia cuando los abandona á causa del
» pecado original, que es el fundamento de todo; y hace
» misericordia al pequeño número de los que salva por
» su Hijo.

» ¿No es Dios quien muda nuestros corazones? ¿quien
» nos hace querer? ¿quien nos libra del imperio del de-
» monio? ¿quien nos da la intencion y el deseo de ser
» suyos? Esto es lo que se corona; es Dios quien corona
» sus dones. Si esto es á lo que llamais libre albedrío,
» está bien; convengo en ello.

» Jesucristo mismo ha dicho: Yo conozco mis ovejas,
» y yo mismo las apacentaré, y no perderé ninguna de
» ellas..... No sois vosotros quien me elegisteis, sino yo el
» que os he escogido á vosotros. Por este estilo hallo otros
» mil pasajes, y los entiendo todos; y si alguna vez leo
» lo contrario, es, digo, que quisieron explicarse al
» modo humano y comun, como cuando se dice que
» Dios se arrepintió, que Dios está airado, etc., es que

1 Esta confesion me parece bastante ingénuas; y hé aquí el ver-
dadero carácter de la rebelion. Por lo contrario, el hijo de la Iglesia
nada tiene que decir en sus conversaciones, ni aun en las confian-
zas amistosas y reservadas, que no diga del mismo modo en sus
libros y aun en la cátedra.

2 Es decir, que Dios salva ó condena eternamente á quien quiere,
sin mas motivo que su voluntad.

3 No creais ni á los libros impresos con licencia, ni las declara-
ciones hipócritas; ni las profesiones de fe mentirosas ó ambiguas:
creed á madama de Sévigné, con quien se podia ser amable muy
fácilmente. No hay otra justicia en Dios mas que su voluntad.
Esta miniatura fiel del sistema merecia ponerse en un cuadro.

» hablan á hombres, y se explican como ellos. En esta
» materia me atengo á esta primera y grande verdad, que
» es toda divina¹. »

La elegante pluma de madama de Sévigné confirma
muy perfectamente lo que nos acaba de decir el antiguo
y venerable magistrado; porque creyendo ella hacer su

1 Tomo 6, carta 335 y 529. Despues de todos estos bellos discursos,
es muy gracioso leer la posdata confidencial del marqués de Sévigné,
que decia á su hermana: « Aun falta algo para que este-
» mos convertidos (acercas de la predestinacion y la perseverancia);
» y es que encontramos muy buenas y sensibles las razones de los
» semipelagianos, y las de san Pablo y san Agustín muy sutiles, y
» dignas del abate Tetu (personaje original citado varias veces en
» las Cartas de madama de Sévigné). » « Estariamos muy conteni-
» tos con la Religion, si estos dos santos no hubiesen escrito; y te-
» nemos siempre este pequeño embarazo (t. 4, carta 394). » Yo me
guardaré bien de tomar al pie de la letra, y mucho menos de ser-
virme de esta chanza. Digo solamente que aquí se vé el efecto ne-
cesario que hacen estas terribles doctrinas entre las gentes dotadas
de un buen corazon y un espíritu recto, que es el precipitarlas en el
extremo opuesto. Es preciso observar la exclamacion de esta teóloga
espiritual: « Si vosotros llamais al puro mecanismo de un autó-
» mata libre albedrío, ¡ah! está muy bien, yo convengo en ello. »
« Por lo demás no puedo negarme al gusto de parodiar este pasaje.
» Yo leo en las santas Escrituras que Dios ama todo lo que existe,
» que no puede aborrecer nada de cuanto ha criado, ni podria per-
» mitir que ningún hombre fuese tentado de un modo superior á
» sus fuerzas: que quiere que todos nos salvemos: que es el Salva-
» dor de todos, pero mas particularmente de los creyentes. — Tú lo
» perdónas todo, porque todo es tuyo: ¡OH AMIGO DE LOS AMIGOS! etc.
» Por este estilo encuentro otros mil pasajes, y los entiendo todos;
» mas cuando leo lo contrario, digo: eso es porque hablan á hom-
» bres, á los cuales muchas veces conviene hablarles de tal ó tal
» manera. Además, estos textos deben ser necesariamente modifi-
» cados y explicados por los otros. Esto es como cuando dicen,
» que hay pecados irremisibles; que Dios endurece los corazo-
» nes; que induce en la tentacion; que ha creado el mal; que se
» debe aborrecer al padre, etc. Yo me atengo á esta primera y
» grande verdad, que es toda divina. » — La redargucion es la mis-
ma: ¿mas qué encanto indefinible es este, que en la duda hace in-
» clinar al hombre hácia la hipótesis mas escandalosa, mas absurda
y mas desesperada? ¡Ah! el mas poderoso de todos, el mas peligro-
so para los mejores talentos, las delicias del corazon humano, es el
placer abominable de la rebelion.

panegrico, pinta al natural (lo que nunca podremos agradecer bastantemente) la atrocidad de los dogmas jansenísticos, la hipocresía de la secta, y la sutileza de sus manejos. Esta secta, la mas peligrosa *que jamás ha urdido el diablo*, como decia el buen senador, y tambien Fleury que lo aprueba, es igualmente la mas vil á causa del carácter de falsedad que la distingue. Los otros sectarios son á lo menos enemigos conocidos, que atacan abiertamente la ciudad que nosotros defendemos; pero estos, al contrario, son una parte de la guarnicion, pero rebelada y traidora, que vistiendo el mismo uniforme, y celebrando el nombre del soberano, nos clava el puñal por las espaldas, mientras defendemos la brecha. Así, pues, cuando Pascal venga á decirnos: « Los luteranos » y los calvinistas nos llaman *papistas*, y dicen que el » Papa es el anticristo; pero nosotros decimos que estas » proposiciones son heréticas, y por eso no somos here- » jes¹: » nosotros le responderemos: *Por eso lo sois de un modo mas peligroso.*

CAPÍTULO IV.

Analogía de Hobbes y de Jansenio.

Yo no sé si alguno habrá observado que el dogma capital del jansenismo pertenece enteramente á Hobbes. Es sabido que este filósofo sostenia que todo es necesario, y de consiguiente que no hay *libertad* propiamente dicha, ó libertad de eleccion. « Llamamos, dice, agentes » libres á los que obran con deliberacion; pero la deli- » beracion no excluye la necesidad, *porque* la eleccion » era necesaria lo mismo que la deliberacion². »

Se le oponia el argumento tan conocido *de que si se*

¹ Carta de Pascal al padre Annato, despues de la XVII de las Provinciales.

² Tripode en tres discursos, por Th. Hobbes, en 8º, Londres, 1684. — *De la libertad y necesidad*, p. 294. Esta obra lleva la data de Ruan, 22 de agosto de 1652.

quita la libertad, ya no habria crimen, ni por consiguiente castigo legitimo; pero á esto respondia: *No se sigue tal*: « Niego la consecuencia. La naturaleza del crimen consiste en que él procede de nuestra voluntad; y » viola la ley. El juez que castiga no debe buscar otra » causa mas alta, que la voluntad del culpable. Cuando yo » digo, pues, que una accion es necesaria, no quiero decir que sea hecha á pesar de nuestra voluntad; sino » porque el acto de la voluntad, ó la volicion que lo ha » producido, era voluntaria¹. Así que, puede ser voluntaria, y por consiguiente pecado, crimen, aunque sea » necesaria. Dios, en virtud de su omnipotencia, tiene » derecho de castigar, AUN CUANDO NO HAYA CRIMEN² ó » DELITO. »

Tal es precisamente la doctrina de los jansenistas. Ellos sostienen que el hombre, para ser culpable, no necesita de la libertad que excluye la *necesidad*, sino de la que se opone á la *coaccion*, de manera que todo hombre que obra *voluntariamente* es *libre*, y por consiguiente *culpable* si obra mal, aun cuando obra necesariamente. (Esta es la proposicion de Jansenio.)

« Nosotros creemos siempre que depende de nosotros » hacer esto ó aquello. No haciendo una cosa, se cree » sin embargo que hubiera podido hacerse: pero en el » hecho, no puede haber libertad que escluya la necesidad; porque si hay un agente, es preciso que él obre, » y si obra, nada falta de lo que es necesario para producir la accion: de consiguiente la causa de la accion » es suficiente; si es suficiente, es necesaria (lo que no » la impide ser voluntaria). Si esto es lo que se llama *li-*

¹ ¿Qué significa un acto voluntario de la voluntad? Esta tautología completa procede de que no se ha querido comprender ó confesar que la libertad no es ni puede ser mas que *la voluntad no impedida*.

² El espíritu se indigna desde luego contra esta infamia: ¿por qué? Ella es el jansenismo puro; *la doctrina de los discípulos ocultos de san Pablo y san Agustin*; la profesion de fe de *Port-Royal*, de aquel asilo de las virtudes y de los talentos. Está idénticamente lo que acaba de decirnos madama de Sevigné, aunque en términos algo diferentes: *en Dios no hay otra justicia sino su voluntad.*

» *bre albedrío*, no hay mas contestacion. El sistema contrario destruye los decretos y la presciencia de Dios, » y esto es un grande inconveniente¹; porque en efecto » supone, ó que Dios podria no preveer un suceso y no » decretarlo, ó preveerlo sin que suceda, ó decretar lo » que no sucederá². »

Es ciertamente un extraño fenómeno ver enseñados en la Iglesia católica los principios de Hobbes: mas no hay la menor duda, segun se vé, sobre la rigorosa identidad de ambas doctrinas. Hobbes y Jansenio eran contemporáneos: no sé si se leyeron uno á otro, ó se formaron por su mútua lectura; pero si así fuese, en este caso sería preciso decir al último: *Pulchra prole parens*, y al primero: *Pulchro patre satus*.

De linaje hermoso
Padre natural:
De un hermoso padre
Hijo sin igual.

Un eclesiástico inglés nos ha dado una famosa definición del calvinismo. «Es, dice, un sistema de Religión » que ofrece á nuestra creencia hombres esclavos de la » necesidad, una doctrina ininteligible, una fe absurda, » y un Dios sin piedad³. »

1 ¡Excelente escrúpulo! Hobbes teme faltar al respeto á la presciencia divina, suponiendo que todo no es necesario. Del mismo modo Locke, segun ya hemos visto, temia limitar la omnipotencia divina, si le negaba el poder de hacer pensar á la materia: ¡Qué delicadas son las conciencias de los filósofos!

2 Este trozo está todo él compuesto de frases de Hobbes (*Tripode*, *ibid.*, p. 316 y 317), y de madama de Sévigné (t. 2, carta 75), que decia en secreto á su hija cómo se pensaba entre sus amigos, y cómo hablaban ellos cuando no mentian. Al ver hasta qué punto se conforman los pensamientos, salidos de plumas tan diferentes, y cómo se funden juntos en el crisol de *Port-Royal*, bien puede exclamarse:

¡Quam bene conveniunt, et in una sede morantur!

3 El texto literal inglés dice así: «El calvinismo ha sido admirablemente definido por Jortin: un sistema religioso que consiste » en criaturas sin libertad, doctrinas sin sentido, fe sin razon, y » un Dios sin piedad.» (*Antijacobin*, jul. 1803, en 8º, p. 231.)

El mismo redáctor llama al calvinismo, *rústico y blasfemo sis-*

El mismo retrato puede servir para el jansenismo; porque son dos hermanos tan parecidos, que ningun hombre que los mire bien, dejará de conocerlos⁴.

Mas ¿cómo es que una secta semejante ha podido hacer tantos partidarios, y aun partidarios fanáticos? ¿cómo ha podido hacer tanto ruido en el mundo, y fatigar no menos al Estado que á la Iglesia? Muchas causas reunidas han producido este fenómeno; pero la principal es la que ya hemos apuntado, á saber, el orgullo; pues el corazon humano es naturalmente rebelde. Alzad el estandarte contra la autoridad; nunca dejareis de tener reclutas. *Non serviam*². Hé ahí el crimen eterno de nuestra infeliz naturaleza. *El sistema de Jansenio*, decia Voltaire³, *ni es filosófico ni consolador; pero el placer secreto de ser de un partido*, etc. No hay que dudarle, todo el misterio está aquí. *El placer del orgullo* es insultar á la autoridad; *su felicidad* apoderarse de ella; *sus delicias* humillarla. El jansenismo presentaba esta triple tentacion á sus secuaces, y sobre todo la segunda circunstancia se realizó completamente, cuando él llegó á ser una potencia concentrándose en los muros de Port-Royal.

tema de teología. (Setiembre 1804, núm. 75, p. 1.) Los Ingleses pueden decir lo que quieran; y yo no me ocuparé en contradecirles sobre este punto: pero á la verdad esto es lo que se llama *apalear á su padre*.

1 Voltaire dice:

Ved los razonadores calvinistas,
De quienes primos son los jansenistas.

(*Poes. Miscel.*, núm. 195.)

Si no ha dicho *hermanos* en lugar de *primos*, fué porque aquella palabra no le venia tan bien á la rima. Gibbon ha dicho tambien á su vez: «Á los molinistas los acaba la autoridad de san Pablo, y » los jansenistas están deshonorados por su semejanza con Calvino.» (*Hist. de la Decad.*, t. 8, cap. 33). No examinaré aquí la justicia ó exactitud del antitesis, solo me atengo al punto de la semejanza.

2 *Jeremie*, II, 20. — 3 *Siglo de Luis XIV*, t. 3, c. 37.

CAPÍTULO V.

Port-Royal.

Dudo que la historia pueda presentar en este género cosa mas extraordinaria que el establecimiento y la influencia de *Port-Royal*. Unos cuantos sectarios melancólicos, exacerbados por las pesquisas de la autoridad, imaginaron encerrarse en una soledad para dar rienda suelta allí á su mal humor, y trabajar á sus anchuras. Semejantes á las planchitas de un iman artificial, cuya fuerza resulta de su conjunto ó agregado, estos hombres unidos, y estrechados allí por un fanatismo comun, producen una fuerza total, capaz de levantar los montes. El orgullo, el resentimiento, el odio religioso, todas las pasiones acres y rencorosas se desatan al mismo tiempo, y el espíritu de partido concentrado se transforma en rabia incurable. Ministros, magistrados, sabios, mujeres de alta clase, religiosas fanáticas, todos los enemigos de la santa Sede, todos los de la unidad, todos los de una orden célebre, su antagonista natural, todos los parientes, los amigos, los clientes de los primeros personajes de la asociacion, se unen y congregan en el hogar de la rebelion. Gritan, se insinúan, calumnian, intrigan, tienen imprentas, correspondencias, factores, una *caja pública invisible*¹. En breve *Port-Royal* podrá contristar á la Iglesia galicana, insultar al sumo Pontífice, impacientar á Luis XIV, influir en sus consejos, cerrar las imprentas á sus adversarios, y en fin, imponer á la supremacía.

Este fenómeno es grande sin duda, mas no obstante hay otro que le excede infinito, y es la reputacion usurpada de virtudes y talentos *construida por la secta*, del mismo modo que se *construye* un navio, ó una casa, y liberalmente concedida á *Port-Royal* con tal suceso, que aun en nuestros dias no se ha desvanecido, aunque la Iglesia no reconozca virtud alguna separada de la sumi-

1 De esta hablaremos en otra ocasion circunstanciadamente.

sion, y *Port-Royal* haya estado constante é irremisiblemente reñido con todas las especies de talentos superiores. Un zeloso partidario de *Port-Royal* se ha hallado sumamente embarazado en nuestros dias, al querer darnos la enumeracion de los grandes hombres pertenecientes á aquella casa, *cuyos nombres* (dice) *arrancan el respeto, y recuerdan en parte los títulos que tiene la nacion francesa á la gloria literaria*. Este catálogo es curioso. Vedle aquí.

*Pascal, Arnaldo, Nicole, Hamond, Sacy, Pontis, Lancelot, Tillemont, Pont-Château, Angran, Bérulle, Despréaux, Bourbon-Conti, La Bruyère, el cardenal Camus, Felibien, Juan Racine, Rastignac, Regis, etc.*¹

Pascal va siempre al frente de estas listas, y con efecto es el único escritor de genio que haya, no diré producido, la famosa casa de Port-Royal, sino que la haya habitado por algun tiempo. En seguida se ven parecer, *longo sed proximo intervallo*, Arnaldo, Nicole y Tillemont, sabio y laborioso analista²; *los demás no merecen la pena de nombrarse*, y aun la mayor parte de ellos están ya profundamente olvidados. Para elogiar á Bourdaloue se ha dicho que es un *Nicole elocuente*: de modo que Nicole, el mas elegante escritor de *Port-Royal* (exceptuando á Pascal) era igual á *Bourdaloue menos en la elocuencia*. Hé aquí á lo que se reduce sobre este punto la gloria literaria de estos hombres tan celebrados por su partido: *fueron eloquentes como un hombre que no fuese elocuente*. Lo que no quita el mérito filosófico y moral de Nicole, que es digno de estimarse. Arnaldo, el soberano pontífice de la asociacion, fué un escritor mas que mediano³; y quien no quiera arrostrar el tedio de juzgar de él por sí mismo, puede creer sobre su palabra al autor del discurso *sobre la vida y las obras de Pascal*⁴. « El estilo de

1 *Las ruinas de Port-Royal de los Campos*, por M. Grégoire. París, 1809, en 8º, c. 6.

2 *Es el mulo de los Alpes*, dice Gibbon, que pone el pie seguro y nunca tropieza. Séalo en hora buena; pero el caballo de casta hace diferente figura en el mundo.

3 Es decir, de muchas obras.

4 Al frente de los *Pensamientos de Pascal*, edicion de Paris, por Renouard, 2 vol. en 8º, 1803.

» Arnaldo, dice, descuidado y dogmático, perjudicaba
 » algunas veces á la solidez de sus escritos.... Su *Apo-*
logía estaba escrita en un estilo pesado, monótono y
 » poco á propósito para interesar al público en su fa-
 » vor¹. » En general este es el estilo de *Port-Royal*:
 nada hay mas frío, mas vulgar, ni mas seco, que todo lo
 que salió de allí. Dos cosas les faltaban eminentemente á
 sus escritores, la elocuencia y la unción; dones maravil-
 losos que son y deben ser extraños á las sectas. Leed
 sus libros ascéticos, y todos los hallareis muertos y he-
 lados; jamás se encuentra en ellos aquella virtud con-
 vertidora que conmueve y atrae hácia Dios: ¿mas cómo
 la fuerza que nos atrae hácia un astro, podría hallarse
 fuera de este astro? Sería una contradicción patente.

Yo te vomitaré, dice la Escritura hablando de la tibie-
 za, y lo mismo diría yo hablando de la mediocridad. No
 sé lo que es, pero lo malo choca menos que lo mediano
 continuo². Abrid un libro de *Port-Royal*, y en leyendo
 la primera página direis al instante, que *ni es bastante*
bueno, ni bastante malo para venir de otra parte: porque
 es tan imposible encontrar en él un absurdo, ó un sole-
 cismo, como una idea profunda, ó un movimiento de
 elocuencia: es como quien dice únicamente lo terso, lo
 duro y lo frío de un hielo; y qué, ¿es muy difícil hacer
 un libro de *Port-Royal*? Tomad el asunto en algun orden
 de conocimientos, que cualquiera orgullo pueda alabarse
 de comprender: traducid los antiguos, ó copiados en
 caso necesario, pero sin citarlos: haciedles hablar fran-
 ces á todos: descubrid al público y á la multitud aun lo
 que ellos habian querido ocultarle: no dejéis sobre todo
 de decir *se* en lugar de *yo*: anunciad en el prefacio « que
 » *SE* proponía no publicar el libro, pero que ciertas
 » personas de distincion y alto carácter habian sido de
 » parecer, que la obra podia tener una fuerza maravillosa
 » para reducir los espíritus obstinados; y así *SE* ha-

¹ *Pens.* de Pascal, p. 81. El autor no deja de decir en la p. 65: *en esta escuela es donde bebió Racine los principios de aquel estilo armonioso que lo caracteriza.* Comprendo muy bien cómo se enseña la gramática, mas no sé cómo se enseña el estilo, sobre todo en principios.

² En literatura.

» bia en fin determinado, etc. » Poned en una viñeta en la portada del libro una matrona cubierta con un velo, y apoyada sobre una áncora (esto es, la cegüedad y la obstinación). Bautizadlo con un nombre supuesto¹; en fin, añadid el lema magnífico: *Ardet amans spe nixa fides*, y tendreis un libro de *Port-Royal*.

Cuando se dice que *Port-Royal* ha producido grandes talentos, es no saber lo que se dice. *Port-Royal* no era un instituto, sino solo una especie de club teológico, un punto de reunion; en fin, cuatro paredes, y nada mas. Si algunos sabios franceses hubiesen determinado reunirse en tal ó tal café para tratar y disertar allí mas cómodamente, ¿se diría acaso que aquel café habia producido grandes genios? Por el contrario, cuando se dice que la orden de los benedictinos, ó de los jesuitas, etc., ha producido grandes talentos, grandes virtudes, se habla con mas exactitud, porque allí se vé un instituto, un instituidor, una orden en fin, y un espíritu vital que los produce; pero los talentos de Pascal, de Nicole, de Arnaldo, etc., ni los formó *Port-Royal*, ni le pertenecen de ningun modo. Ellos llevaron sus talentos y sus conocimientos á aquella soledad, y no fueron allí mas que lo que eran antes de entrar en aquel recinto. Allí se unen, mas no se penetran; no forman unidad moral: veo las abejas, pero no veo la colmena. Si se quiere considerar á *Port-Royal* como un cuerpo propiamente dicho, su elogio

¹ Esta es una treta muy notable y de las mas características de *Port-Royal*. En vez de usar de un modesto anónimo que hubiera comprimido demasiado el *yo*, estos escritores habian adoptado un método que les daba toda la facilidad que querian, aparentando así un cierto pudor literario que no amaban sino en lo exterior, y era el método *seudónimo*. Publicaban casi todos sus libros bajo de nombres supuestos, y todos, lo que es digno de observarse, mas sonoros y majestuosos que los que tenían de sus familias; lo que hace un honor infinito al discernimiento de estos humildes solitarios. De esta fundición salieron los *D'Etouville*, *Montalto*, *Beuil*, *de Royaumont*, *Rebeck*, *de Fresne*, etc. Arnaldo, á quien ciertos escritores franceses llaman aun con la seriedad mas cómica el *grande Arnaldo*, se conducía aun mejor, pues aprovechándose del ascendiente que le daban ciertas circunstancias en su pequeña Iglesia, se apropiaba el trabajo de sus subalternos, y consentía modestamente en recoger los elogios que se hacían á sus obras.

será muy corto. Hijo de *Bayo*, hermano de *Calvino*, cómplice de *Hobbes*, y padre de los *convulsionarios*, no vivió mas que un instante, el cual empleó enteramente en fatigar, insultar, herir y ofender á la Iglesia y al Estado. Si las grandes antorchas de Port-Royal en el siglo XVII, es decir, Pascal, Arnaldo, y Nicole (porque siempre es menester venir á parar en este triunvirato) hubiesen podido ver en un porvenir muy cercano *al gacetero eclesiástico*, los *saltos* del cementerio de San Medardo, y las horribles escenas de los *securistas*, se hubieran caido muertos de vergüenza y de arrepentimiento; porque al fin ellos eran hombres de buena crianza, y (aunque estraviados por el espíritu de partido) ciertamente estaban muy lejos, como todos los novadores del universo, de preveer las consecuencias que tendria su primer paso dado contra la autoridad.

Así pues, no basta para juzgar á Port-Royal citar el carácter moral de algunos de sus miembros, ni algunos libros mas ó menos útiles que salieron de aquella escuela; es menester tambien poner en la balanza los males que ha producido, y en verdad que estos males son incalculables. Port-Royal se aprovechó del tiempo y de las facultades de un gran número de escritores, que podrian haber sido útiles segun sus fuerzas á la Religion y á la filosofía, y que las consumieron enteramente en disputas ridículas ó funestas. Dividió la Iglesia; creó un foco de discordia, de desconfianza y de oposicion con la santa Sede; agrió los espíritus, y los acostumbró á la resistencia; fomentó los celos y la antipatía entre las dos potestades, y las puso en un estado de guerra habitual, que no ha cesado de producir los choques mas escandalosos. En fin, hizo mil veces mas peligroso el error, anatematizándolo, que lo era antes, pues al mismo tiempo lo introducía bajo de otros nombres diferentes. Escribió contra el calvinismo, y lo continuó, no tanto por su teología feroz, cuanto por haber plantado en el Estado un germen democrático, enemigo natural de toda gerarquía.

Para contrapesar tantos males, hubieran sido necesarios grandes hombres y excelentes libros; pero Port-Royal no tiene el menor derecho á esta honrosa compensacion. Acabamos de ver á un escritor que, conociendo

bien cuán pobre era esta escuela de nombres distinguidos, ha tomado el partido, para aumentar la lista, de añadir los de algunos célebres escritores, que habian estudiado en aquel retiro. Así Racine, Despréaux y La Bruyère se encuentran inscritos al lado de Lancelot, Pont-Château, Angran, etc., entre los escritores de Port-Royal, sin ninguna distincion, como dejamos dicho. El artificio es sin duda ingenioso; y lo que debe parecer aun mas singular, es que La Harpe se vale del mismo sofisma, y en su *Curso de literatura*, despues de hacer un magnífico elogio de Port-Royal, nos dice: *En fin, de esta escuela salieron Pascal y Racine.*

Cualquiera que dijese que el gran Condé aprendió en la escuela de los jesuitas á ganar la batalla de *Senef*, seria tan filósofo como La Harpe en esta ocasion. El genio no *sale* de ninguna escuela: no se adquiere en parte alguna y se desenvuelve en todas. Como no conoce maestro, solo debe ser agradecido á la Providencia.

Los que nos presentan como *producciones* de Port-Royal á estos grandes hombres, no advierten que le hacen un perjuicio muy notable á los ojos de los inteligentes, pues ciertamente no se buscan grandes nombres, sino porque se carece de ellos. ¿Qué amigo de los jesuitas ha imaginado nunca decir para exaltar la compañía: *En fin, de esta escuela han salido Descartes, Bossuet, y el príncipe de Condé*¹. Los afectos á los jesuitas se guar-

¹ Condé estimaba mucho á los jesuitas; les confió la educacion de su hijo, y en su muerte les legó su corazon. Sobre todo honraba con una amistad muy particular al ilustre Bourdaloue, quien vivía con bastante inquietud, á causa de las irresoluciones de este príncipe sobre el artículo importantísimo de la fe. Un dia en que este grande orador predicaba delante de él, llevado repentinamente de un movimiento interior, rogó públicamente por su augusto amigo, pidiendo á Dios que se dignase poner fin á la perplejidad de aquel gran corazon, y poseerlo para siempre. Bourdaloue habló bien, pues que no disgustó; y muchos años despues, pronunciando la oracion fúnebre de este mismo príncipe, y en el mismo púlpito, dió gracias á Dios públicamente por haberse dignado oír sus ruegos. Creo que esta anécdota tan interesante es poco conocida. (Véase la oracion fúnebre del gran Condé, por el padre Bourdaloue, segunda parte, hácia el fin.)

dan bien de alabarlos tan neciamente, porque tienen otras cosas que decir.

Voltaire ha dicho: «Tenemos ciento y cuatro volúmenes de Arnaldo (debió decir ciento y cuarenta); pero casi ninguno de ellos puede colocarse entre los clásicos que honraron el siglo de Luis XIV¹; no nos ha quedado (añade) mas que su geometría, su gramática razonada, y su lógica.»

Mas esta geometría está ya del todo olvidada. Su lógica es un libro como otros mil que hay del mismo género, y que ha sido excedido por varios. ¿Qué hombre habrá, que pudiendo leer á Gasendo, á Wolfio, y á san Gravesande, vaya á perder su tiempo con *la lógica de Port-Royal*? Aun el mecanismo de los silogismos se encuentra allí desenvuelto muy medianamente, y toda esta parte suya no vale cinco ó seis páginas del célebre Euler, quien en sus *Cartas á una princesa de Alemania* explica todo este mecanismo del modo mas ingenioso, por medio de tres círculos diferentemente combinados.

Queda *la Gramática general*, un pequeño volumen en dozavo, del cual se puede decir es un buen libro, y del cual hablaremos luego. Hé aquí todo lo que nos queda de un hombre que escribió ciento y cuarenta tomos, muchos de ellos en cuarto y otros en folio. ¡Es menester confesar que empleó bien su larga vida.

En el mismo capítulo hace Voltaire el honor á los solitarios de Port-Royal de creer ó de decir: «que por el espíritu varonil, vigoroso y animado que formaba el carácter de sus libros y de sus conversaciones..... contribuyeron no poco á extender en Francia el buen gusto, y la verdadera elocuencia.»

Declaro sobre mi palabra, que jamás he hablado á los Port-Royalistas, y así no puedo juzgar de lo que eran en su conversacion; pero he hojeado mucho sus libros, principiando por el pobre *Royaumont* que tanto me fatigó en mi infancia, y cuya dedicatoria es uno de los monumentos mas esquisitos de necedad que existen en ninguna lengua; y declaro con la misma sinceridad, que no solamente me sería imposible citar una página de Port-

¹ Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, t. 3, cap. 37.

Royal (exceptuando siempre á Pascal), escrita con un estilo varonil, vigoroso y animado, sino que el estilo varonil, vigoroso y animado es lo que siempre me ha parecido que faltaba eminentemente á los escritores de *Port-Royal*. Así, pues, aunque en materia de gusto no haya autoridad mas imponente que la de Voltaire, habiéndome enseñado *Port-Royal* que el Papa, y aun la Iglesia, pueden engañarse sobre los hechos, yo no quiero creer en esta parte mas que á mis ojos; porque aunque no pueda elevarme hasta el estilo varonil, vigoroso y animado, sé no obstante lo que es, y en esto nunca me he engañado.

Con mas facilidad convendré con el mismo Voltaire, en que *por desgracia los solitarios de Port-Royal pusieron mas empeño en extender sus opiniones, que el buen gusto y la verdadera elocuencia*¹. En esto no hay la menor duda.

No solamente los talentos fueron muy medianos en Port-Royal, sino que aun el círculo de estos talentos fué muy reducido, tanto en las ciencias propiamente dichas, como en el género de conocimientos que tenían mas particular relacion con su estado. Entre ellos no se encuentran mas que gramáticos, biógrafos, traductores, polémicos eternos, etc.; por lo demás, ni un hebraizante, ni un helenista, ni un latino, ni un anticuario, ni un lexicógrafo, ni un crítico, ni un editor célebre; y mucho menos, un matemático, un astrónomo, ni un físico, ni un poeta, ni un orador: en fin (exceptuando siempre á Pascal); no han podido legar á la posteridad ni una sola obra. Extraños á todo cuanto hay de noble, de tierno y de sublime en las producciones del genio, lo mejor que les sucede, y esto en sus mejores momentos, es tener razon.

¹ Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, t. 3, cap. 37.